

TECNOLOGIA Y TERRITORIO: PUNTO DE INFLEXIÓN DEL CONFLICTO URBANO

Por: Beethoven Zuleta Ruíz¹
Rafael Rueda Bedoya²

En las sociedades urbanas y urbano-rurales de Colombia, la precaria organización de sus infraestructuras físicas y socioculturales, se explicaría como el eslabón de una cadena de pobrezas intelectuales institucionalizadas. El argumento parece simple: si un grupo humano carece de conocimientos, tendrá menos posibilidades de atajar sus conflictos y de intervenir los factores que vulneran y disocian sus esquemas y modelos de organización territorial.

El panorama de las vulnerabilidades pone a la vista diversos fenómenos: las unidades residenciales que semejan enclaves; los edificios públicos incluidas las universidades, que también asumen el carácter de fortines; los barrios de obreros, que son tomados por estrategias de banda y que en cierto modo asumen la condición de refugio; los desplazados del campo que quedan atrapados en un nomadismo de banda o ellos mismos concentran factores de desterritorialización que impactan el modelo urbano convencional; y las clases económicas dominantes que se desterritorializan hacia las periferias, relocalizando en algunos sectores las factorías, y en otros, sus residencias.

En el plano de las geografías, los contrastes son homogenizados por las superficies. De las distinciones pueblo-ciudad o rural-urbano, sólo quedan las “reservaciones”. De ahí proceden los nombres de reserva forestal, reserva campesina, reserva indígena o reserva militar.

Este complejo panorama muestra un campo de diseminaciones, que tiende entrópicamente a ensancharse cada vez más en la forma de configurar megalópolis, las cuales, por las lógicas de su procedencia, no

¹ Coordinador Académico Nacional FORHUM. CEHAP, Universidad Nacional – Sede Medellín

² Coordinador Regional FORHUM. CEHAP – Universidad Nacional – Sede Medellín

tendrían muchas condiciones para resolver las demandas de seguridad de sus poblaciones.

Sin embargo, las posiciones mentales frente a esta entropía positiva, son las de mantener sus factores e incluso favorecer su movimiento, a partir de estrategias de ensanchamiento de las fronteras, basadas en los planteamientos disipativos de una planeación de tipo funcional. Por lo tanto, es de esperarse una contracción energética de las ciudades, que conllevaría a un colapso de sus capacidades productivas y que pondría en entredicho el mantenimiento de sus sistemas de seguridad, de organización y de legitimación institucional.

De esta manera, nuestras relaciones con el pensamiento y sus acumulados, tiene el grave inconveniente de adoptar las estrategias mundiales como si fueran fórmulas, cuya consecuencia inevitable es la infravaloración de los territorios como escenarios de aprendizaje y a la vez de producción de lenguajes singulares atados a las realidades específicas que interpretan. El resultado de este tratamiento político de las realidades locales, es el de acentuar las dependencias y las jerarquizaciones en todos los estratos de la organización territorial.

A la vista de lo anterior se plantea una reinención de la Política, como una cuestión fundamentalmente tecnológica, es decir, como un escenario donde los conocimientos especializados confrontan su capacidad potencial de producción e interpretación, para proporcionar respuestas a preguntas derivadas de situaciones singulares, pero susceptibles de organizar lenguajes universales. Esta postura se diferencia de la actitud expectante y crédula frente a lo que instituciones mundiales producen.

Aunque las derivas universales muestran factores dominantes y puntos de dominio, indican igualmente una diversa gama de fisuras y de crisis que insinúan oportunidades en distintas direcciones, que serán resueltas según las capacidades de localización, lectura e interpretación de las posibilidades de organización que ofrecen los recursos materiales existentes.

Las lecturas e interpretaciones de los recursos materiales que ofrecen, proponen un distanciamiento de las que se reducen al relato de las tendencias. Nadie discute que éstas tienen una determinada importancia, sin embargo, las tendencias se dan sobre cosas y objetos localizadas en distintas situaciones, y tienen una disposición material, posible de adquirir diferentes organizaciones.

La relevancia que se le ha otorgado a las tendencias y a las megatendencias en el mundo, es sobre hechos cumplidos. Lo cual explica

nuestro eterno juego de meternos en las ideas por la vía de las ideologías y sus coyunturas, no por la vía de las experiencias y las experimentaciones con los conceptos, los modelos y las teorías.

Leer e interpretar los cambios contemporáneos, no se reduce, por tanto, a la idea de moralizar la globalización calificándola como buena o mala; o a especular sobre si la tecnología es enemiga de la ecología; o si la educación de nuestros niños está fallando porque la televisión establece con ella una rivalidad perversa. Esto puede ser importante para quienes piensan el mundo con las ideologías.

Es un hecho que las tendencias y las megatendencias modifican muchos factores de las organizaciones materiales de las culturas, pero al mismo tiempo éstas contraefectúan estos factores, y crean a su vez, otros campos de probabilidades y por consiguiente de tendencias propias, que generalmente son desaprovechadas por el prevailecimiento de una idea convencional de tendencia asociada a un juicio ideológico.

Leer las tendencias desde el campo de probabilidades de las organizaciones materiales, propone unas lecturas a partir de la experimentación y la experiencia. Esto significa, por ejemplo, que en el campo de probabilidades de las teorías y las ciencias, identifiquemos otros juegos de conceptos y de modelos capaces de generar cambios en las relaciones de dominio que hoy tienen un nivel de prevailecimiento. En pocas palabras, a ésto lo llamaríamos tecnologías del territorio.

LA DIMENSIÓN TERRITORIAL DEL PODER.

El advenimiento del capitalismo supuso que todos los factores materiales de vida del planeta, incluido el hombre, intensificaran su composición como materias primas básicas de la producción. La tendencia ha sido que la ampliación de las fronteras de conocimiento sobre las materias, incluidos los hombres, puestas al servicio de las industrias y sus estrategias correlacionantes de comercio y finanzas, segregue las poblaciones.

La segregación de las poblaciones participa de una tupida red de situaciones, definidas unas por el tipo de acceso a los conocimientos de los equipos, herramientas y protocolos inherentes a la industria; otras, por la localización de materias orgánicas y humanas explotables; otras están alentadas por flujos de condensación de las ciencias en proyectos industriales y otras, por las adherencias poblacionales que los flujos de los mercados y los comercios arrastran; etc.

En cierta forma, la organización de los Estados está asociada a un campo de fuerzas que aquellas situaciones disponen, ya sea en el sentido de unas voluntades racionalmente adoptadas o de unas voluntades impuestas por otros; o de movimientos de azar, que con las precedentes dan lugar a distintas combinaciones y a nuevas probabilidades.

La organización de un “Estado Comunitario” en la Europa occidental, por ejemplo, bien podría entenderse como una reacción a los movimientos aleatorios que desató el desmoronamiento de la exURSS y a la configuración en ésta de nuevas modalidades de asociación y de combinación de las situaciones.

Estos cambios de situación, respecto de las organizaciones estatales en Latinoamérica, nos plantean inquietantes preguntas, hasta el momento subsumidas en los encantos especulativos de la globalización.

Merece observarse que los factores de disolución y de recombinación en las Europas, tienen repercusiones en las organizaciones científicas, en el sentido que ha intensificado la organización de nuevos dispositivos, fundamentalmente orientados a cohesionar o disputarse dominios en los órdenes científico-técnicos.

Una de las dificultades que los Estados europeos enfrentan, es la desmovilización de poblaciones del sur hacia sus jurisdicciones territoriales. Esta situación se podría homologar, desde un punto de vista histórico, con las reacciones que provoca en una cultura colonizada la lengua del colonizador, y a la inversa. Es indudable que la lengua natural transporta una memoria intelectual y en ésta se organizan y disponen una amplia gama de informaciones.

Es probable que la desterritorialización de abundantes conglomerados humanos hacia los lugares donde se concentra dicha información, responda en parte a expectativas que asocian información a comodidades o satisfactores; o que responda también al imaginario de poseer la información del otro, ocupándolo.

En una perspectiva ampliada, sería de suponer que algo de esto ocurre con los desplazamientos de pobladores rurales a las urbes.

Lo anterior hace pensar que una territorialización de las poblaciones desplazadas, está asociada a la organización de escenarios de conocimiento en los contextos territoriales nativos que respondan a una factura creativa y no simplemente instrumental y utilitaria.

En el contexto latinoamericano, es evidente que las izquierdas dejaron de pensar la Política, y han optado por una estrategia de instrumentación de unos discursos universales de corte “tecnocrático”. A la Política tampoco la piensan las derechas, pero superficialmente se diría que no necesitan hacerlo, ya que lo que les interesa es conservar y mantener su *statu quo* (sin embargo, los fracasos militares, que de resultas manifiestan el fracaso o reducción de los rendimientos políticos, sólo subsisten por la “cooptación” de pensadores de izquierda que desertaron hacia sus filas).

Las preocupaciones sobre la Política se han centrado en los temas de la gestión y de la descentralización e igualmente en el “ataque” a los procedimientos de la corrupción estatal. En un orden de igual importancia se está planteando una enfatización de las políticas internacionales, pero por la vía de los ensamblajes con los mercados mundiales, organizados en la forma de replicamientos, no de las autonomías.

El privilegio de estos términos ha culminado por debilitar la organización de los Estados, en la medida que quedan sobresaturados y atomizados por unas relaciones económicas a las cuales se supeditan las decisiones políticas. Las mismas burguesías quedan fragmentadas, y una evidencia de la proliferación de sentidos en ellas es la erosión de sus organizaciones históricas: los partidos; y la baja capacidad de competición de los gremios empresariales, situación esta que las ha polarizado, en la medida que no disponen de conocimientos para rehacer su iniciativa en la producción de estrategias.

En lo que atañe a las clases medias y a los asalariados, se observan realinderamientos de tipo gremial-doméstico, en parte justificados en una estrategia de localización territorial, y en parte sustentados en una estrategia defensiva-declinante de tipo parasitario. El fracaso de su proyecto político revolucionario, indujo desplazamientos hacia las burocracias de los partidos y de los Estados por la vía de los tecnocratismos; y también produjo posiciones valoradas en un tecnocratismo instrumental, por el cual a partir de organizaciones independientes se hacen trasvasamientos de discursos internacionales “nacionalizados”: es el caso de las organizaciones no gubernamentales y de las religiosas, que con sus fieles han conformado sistemas financieros propios.

La producción intelectual en las academias, también burocratizadas en el mecanismo de reproducir formaciones profesionales basadas en los estereotipos internacionales, produjo una despolitización en el sentido de los confesionalismos y los dogmatismos; pero no generó una nueva politización en la perspectiva de lograr unos umbrales de autonomía, en

el ejercicio de formar comunidades científicas autónomas y de formar una capacidad de autoproducción de conocimientos.

En cuanto a las organizaciones obreras, es obvio que se situaron en la competencia por sacar ventajas laborales de las coyunturas; es patético su desinterés por las aplicaciones tecnológicas de los centros de producción mundial. Estas aplicaciones sólo dicen en cuanto lanzan a la calle una masa de fuerza de trabajo no especializada. La cuestión de disputarse el conocimiento sobre las tecnologías se considera irrisoria, y es probable que ni siquiera se piense. Proponer que los sindicatos se asumieran como organizaciones de conocimiento tecnológico sería simplemente un exabrupto, sino una aberración.

El panorama, muestra pues, un olvido de la Política y una reducción de la misma a lo inmediatamente útil e inmediato. Se podría afirmar que en la soledad del poder, el poder hace estragos y elimina su prefactibilidad como pensamiento. Esta soledad del poder está vinculada por lo demás a la definición del Estado, como el escenario por excelencia de despliegue de la política formal. Se vislumbra así una formalización de la política a partir de una mimetización con la espacialidad estatal.

Lo anterior se explica porque “la mayoría de las gentes suele asociar el funcionamiento del poder y de la política con actividades relacionadas con el Estado y su Gobierno. Se da por sentado que el Estado es el “ruedo” de la política, y, en consecuencia, lo más habitual es que muchos estudios políticos se hayan limitado a analizar los estados y los gobiernos, lo cual implica equiparar el poder y la política en nuestra sociedad exclusivamente con el funcionamiento formal de la política estatal”. (Taylor, Peter, J.)

A la sombra de la soledad del Estado, los políticos de oficio acaparan su agonía, cambian y recambian las constituciones políticas; reeligen a las castas y a los déspotas; intensifican el saqueo de las capacidades naturales y humanas; ensayan guerras fronterizas; y experimentan suspicaces modalidades de colonización. En una frase, el empobrecimiento de la política como pensamiento complejo, ha revertido en una especie de legislacionismo. Ya no hay pensadores de la Política, sino legisladores, retóricos. Las organizaciones y las instituciones emulan por parecerse a los decrepitos Congresos y desde aquí han obtenido éxitos en la conspiración contra la Política.

Bajo este contexto, pensar la política asociada al poder y a las posibilidades de una lectura tecnológica reconfiguradora de las instituciones (incluidos los Estados Nacionales y las estrategias interestatales de cooperación o de conflicto) y repensar los dispositivos

tecnológicos de los Estados (particularmente los relacionados con los sistemas de seguridad, los sistemas organizacionales y los sistemas de legitimación, e igualmente sus combinaciones) abre amplias perspectivas a los estudios políticos y al conocimiento de sus cartografías, de cuyos resultados sería factible adquirir una capacidad de actuación en el desarrollo de una cultura científico-tecnológica; de actuar en la resolución de los conflictos territoriales; y de organizar campos institucionales para el desarrollo de reciprocidades económicas, culturales y sociales.

METRÓPOLIS, CIUDADES Y PUEBLOS. UN DESAFÍO DEMOGRÁFICO, UN DESAFÍO PARA EL URBANISMO CONTEMPORÁNEO. CINCO PUNTOS DE TENSIÓN TERRITORIAL.

La dinámica de las poblaciones en el mundo está asociada indistintamente a la caracterización de las personas como bienes de consumo, como bienes de producción o como bienes de capital, lo cual ha hecho aflorar un mapa de localizaciones territoriales muy complejas de personas y de sociedades.

Encontramos así personas ensambladas a una red de equipos electrónicos o mecánicos; o a redes comerciales y financieras; o a una venta callejera; o a una red de desechos. Todos estos ensambles, superposiciones y entrecruzamiento, organizan las ciudades y se han vuelto un desafío para su apacible memoria, cuando las memorias se confundían con el tiempo, y cuando el tiempo no se disputaba a mordiscos una espacialidad.

Los desechables, por ejemplo, son una especie de desmemoria, un andrajoso recuerdo de un tiempo histórico, social y técnico, que para las nuevas velocidades y sus prótesis sólo provocan indiferencias o sarcasmos. Quizá sirvan a la experiencia artística para representar las memorias sepultadas en ruinas, pero no más.

Las factorías mecánicas, propulsadas por el vapor o la electricidad, sucumben y enmudecen ante la imprevisibilidad de los cuerpos electrónicos, y con ellas quedan en el pasado las monumentales marchas obreras y muy probablemente las revoluciones proletarias. Algo así es lo que plantea Alvin Toffler en casi todos sus anticipativos ensayos. Las nuevas revoluciones políticas tienen un asentamiento en el conocimiento, y ésta es la razón por la cual adquieren un carácter más territorial que social, es decir, tienen una incumbencia más de sociedad científica que de sociedad genérica; aunque por su imbricación en todas las formas de ejercicio del poder y de la política, prácticamente constituyen la personalidad, el carácter y la fisionomía de tal sociedad.

Encontramos desechables en las formaciones profesionales, incluso en disciplinas consideradas intocables como la medicina y las ingenierías. Abundan los técnicos desechados por industrias que adoptan paquetes tecnológicos maniobrados por esquemas, a veces simples o a veces complejos, pero en todos los casos, excluyentes.

La infravaloración de las profesiones no es un cuerpo extraño a las organizaciones. Es explicable que el declive de las organizaciones de empresa tradicional participe de una escala de degradaciones organizacionales y de una escalada de depauperaciones sociales y mentales, que cubren todos los estratos sociales. Nunca antes en las historias latinoamericanas, las clases empresariales y políticas habían mostrado rasgos de barbarie, voracidad, analfabetismo e insensibilidad como hoy. Si en algún momento fue un rasgo político el humanitarismo y el altruismo católico, recientemente la ventaja y el egoísmo deslumbran por su eficacia.

En los primeros albores del siglo XX, sectores de las burguesías políticas y económicas, asumieron el reformismo como opción y como comportamiento frente a los conservadurismos religiosos y políticos de su época. Hoy nada las fracciona, salvo el sacar un mayor partido de los negocios. Tal vez por esto se explique su distanciamiento hacia los avatares, nostalgias y dificultades de las ciudades. Este negocio lo han abandonado a las clases medias y a las obrerías, a partir de las estrategias de la participación delegada. Pero es como quien abandona la carroña porque tiene al frente una presa fresca.

De acuerdo con esta tesis, se podría afirmar que las ciudades se han vuelto ellas mismas desechables y con ellas todo lo público. Este es el sentido de las privatizaciones. La permanencia de lo público tiene el inconveniente de estorbar unos dinamismos que son fundamentalmente periféricos, pues en la órbita de las periferias el capital ha adquirido unas velocidades que solo por conveniencias circunstanciales requiere de las organizaciones localizadas céntricamente. La preocupación de empresarios y políticos formales es cómo convencer a los actores urbanos para que vuelvan autosostenible estas organizaciones, de tal modo que esto garantice una sostenibilidad a su nomadismo empresarial periférico.

Contrasta la reorganización y el desplazamiento territorial de los agentes económicos formales, con la periferización de los centrismos urbanos tradicionales. Este fenómeno se caracteriza por el rompimiento de las fronteras perimétricas de las ciudades históricas del siglo XIX, mezcladas a los rompimientos de las periferias rurales, y todas ellas combinadas en

nuevas síntesis de economías informales o deseconomías como las llaman los economistas formalistas. La ciudad de las postrimerías de este siglo, es pues, una ciudad de los periferismos desintegrados, deslocalizados, pero paradójicamente territoriales.

La composición territorial de las ciudades está sustentada, pues, en estrategias de organización de banda que obliteran los comportamientos y las organizaciones de clase. Por esto no resulta extraño que un empresario haga banda con un bandido, así no sea de su clase. O que una organización religiosa haga banda con una empresa ilegal, o que las religiones adopten estrategias de banda para territorializar sus relaciones de poder en los barrios. O que los empresarios internacionales a través de las piraterías hagan banda con las bandas de vendedores y de distribuidores “ilegales” en las calles públicas ciudadinas, o hagan banda a través de las maquilas, concebidas como prolongaciones periféricas de las empresas matrices.

La incorporación de las familias agrarias a las ciudades igualmente se comporta como un movimiento de bandas, lo cual hace prevalecer las normas y costumbres atávicas, sobre una eventual ley ciudadina.

Esta multiplicación de las bandas coloca sobre la superficie una complejidad de situaciones donde los que resaltan como importantes son los puntos de tensión o de conflicto en lo público.

Un punto de tensión urbana fundamental, lo constituyen las universidades públicas, pues en ellas se localizan territorialmente memorias e informaciones que aun cuando estructuradas en la estrategia de bandas, son susceptibles de sufrir virajes hacia perspectivas de una territorialidad ampliada.

Otro punto de tensión importante, lo constituyen las organizaciones de gobierno locales urbano-rurales, pues en ellas están establecidas unas memorias institucionales, posibles de ser reinscritas en los modelos y lógicas de organización territorial, diferenciándolas de los modelos de organización político-administrativa.

En otro plano, un punto de tensión está diseminado en las estrategias organizacionales de los grupos llamados no gubernamentales. Ellos constituyen memorias complejas y aleatorias de las fuerzas asentadas territorialmente. Se disponen, por lo tanto, como mapas de esquemas, modelos y estrategias de territorialización particulares.

En el terreno de los asentamientos territoriales propiamente tales, el punto de tensión de los denominados “espacios públicos”, registra una

interesante "veredalización" de lo urbano, es decir, una toma de las ciudades a partir de modelos y estrategias de tipo rural. Se representan en estos escenarios memorias históricas frente a la propiedad y frente a formas de apropiación, donde lo que se destaca es la puja de niños, mujeres, ancianos y desvalidos del cuerpo, para establecerse territorialmente en el mundo.

Empresarialmente, el punto de tensión se define entre una estrategia de organización monopólica de tipo multi y transnacional, y estrategias empresariales de naturaleza local y experimental: éstas últimas constituyen territorios donde los saberes se integran a formaciones disciplinares para generar tecnologías que si bien concentran unos estados de creatividad técnica, no logran impactar las economías por su precaria estrategia organizacional. Las memorias tecnológicas reunidas en este tipo de escenarios, tienen un ensamblaje con las ciudades en la medida que toda su producción se asienta y organiza territorios; y genera además unos acoplamientos en los conocimientos, que posiblemente podrían transferirse a la creación o desarrollo de estrategias de carácter urbano.

LA EDUCACIÓN: NO ES UN INSTRUMENTO, ES UN ESCENARIO PARA LA ORGANIZACIÓN DE LOS CONOCIMIENTOS EN SUS CONTEXTOS TERRITORIALES.

Las preocupaciones de las grandes organizaciones culturales y políticas mundiales, se han concentrado en la última década en el tema de la educación. Las razones son múltiples y multifacéticas. Remiten indistintamente a argumentos sociales, culturales, políticos y económicos, pero siempre bajo la óptica del "deber ser" ético-moral. De ahí se deriva su cuño instrumental y obviamente su intencionalidad ideológica.

Se podría incluso aceptar que las nuevas estrategias de colonización o dependencia de las culturas, tienen como su principal campo de expresión, el educativo. El resultado de la focalización de este diverso tipo de estrategias, culmina por neutralizar la principal competencia de la educación: la de ser escenario de aprendizaje de las ciencias, de las cuales hace caso omiso por ocuparse de las tendencias ideológicas que hacia ella apuntan, con el agravante que desde la dinámica de los conocimientos tampoco genera ninguna.

Aún poco o nada interrogamos las circunstancias por las cuales las organizaciones educativas neutralizan su interés científico por las tendencias y megatendencias de las sociedades contemporáneas, y por qué reviste de retórica las preocupaciones de estas sociedades, y las convierte en consignas vacías ("defendamos el medio ambiente"; "la

escuela: un territorio neutral de la guerra”; “es más importante la formación que la educación”; etcétera).

Complementariamente a ésta tal “neutralidad” pedagógica, los “consensos” institucionales se están centrando en los resultados, más que en un sentido de búsquedas, probabilidades e impredecibles. Por esto se ha concluido que la educación debe ser ante todo formativa (en el sentido moral y no intelectual), con lo cual se le ha propinado un golpe a la tarea intelectual de la misma, so pena de erradicar un academicismo improductivo y enciclopédico en unos casos, o un confesionalismo dogmático ilustrado, en otros.

En el campo de las formaciones, se han atravesado, así, tres grandes líneas transversales, todas de naturaleza ético-moral: la educación ambiental, la educación cívico democrática y la educación sexual. Pero esto es un montón de discursos sin nada de ciencias.

En la educación superior, la transversalidad ha sido hegemonizada por planteamientos de naturaleza ético-instrumental nucleados en torno a la palabra gestión, a la cual se le agrega un adjetivo, generalmente sin sustantivos desarrollos, teórico – metodológicos, en el área sobre la que pretenden actuar. Una gestión ambiental sin un importante desarrollo tecnológico de las ciencias biológicas y físicas, cuando más conduce a un refinamiento de las burocracias.

Ni que decir de la gestión tecnológica, despojada de ejercicios de modelación en las ciencias que induzcan acoplamientos de sus experiencias a desarrollos y dominios en conocimientos teórico - experimentales.

La gestión urbana, por ejemplo, es un discurso que enfrenta el vacío de sus referencias: el urbanismo. Sin urbanismo, sin teorías urbanas, se adoptan estrategias educativas donde se aprende a estar al día; con el mismo rasero y sin que medie ningún tipo de análisis de las realidades se toman decisiones de tipo parcial y coyuntural, y esto algunos lo han denominado pragmatismo y otros “realismo”. Pero al final de cuentas, con este tipo de conductas lo que se ha oficializado es una dependencia cultural y científica que reduce las posibilidades de la producción de conocimiento a un asunto técnico e instrumental.

En una perspectiva distinta, la referencia de la educación como escenario privilegiado del interactuar intelectual y de producción de conocimiento, es decir, como espacio de organización previsiva y prospectiva de las decisiones culturales de una sociedad, nos plantea como preocupación

principal dos asuntos: el de los campos de formación intelectual; y el de los campos organizacionales.

LA LECTURA TECNOLÓGICA, UNA LECTURA POLÍTICA PARA COHESIONAR TERRITORIOS.

Las culturas a través de los tiempos han privilegiado determinadas formas de conocimiento, y al tenor de las mismas han edificado un proyecto de sociedad.

Es indudable que la formación de campos de conocimiento está asociada a una variedad de factores entre los cuales podemos destacar el gusto, la curiosidad, el deseo, la autoridad, la libertad, la competencia, la rivalidad y la emulación. Estos factores, entre otros, aunque expresan estados de conciencia individual, tienden a mezclarse y conformar sensibilidades complejas desde las cuales se inducen cierto tipo de roles institucionales, particularmente decisivos en la estructuración de los programas y estrategias educativas.

En el contexto latinoamericano, un factor inseparable y recurrente en las formaciones intelectuales, ha sido el de la idea de libertad, la cual a lo largo de la temporalidad histórica, iniciada con las revoluciones políticas del Siglo XIX, tuvo harta incidencia hasta los albores de las décadas del 70. No es una ligereza afirmar que muchas de las profesiones académicas modernas, sino todas, se organizaron y perfilaron en torno a esta idea.

Pero, qué tan profunda y expansiva fue su comprensión, particularmente en la configuración de las autonomías disciplinares para diseñar y modelizar teorías con capacidades y potenciales específicos de resolución de problemas.

En una perspectiva de escuelas, no sería arriesgado decir, que la tradición de la idea de libertad, no produjo tradiciones académicas autónomas, ni en el sentido de las disciplinas, ni en el sentido de las propuestas experimentales. Es probable e incluso evidente, que en el terreno de las acciones individuales se reconozcan casos que sobresalen con iniciativas que dan cuenta de una formación disciplinar.

Pero, por otra parte, el ensayo experimental político de los jóvenes intelectuales de los 60/70, evidencia tanto un fracaso como una desorientación. En esta última acepción, la deriva hacia un "pragmatismo político", no hace sino resaltar la debilidad e incompetencia para producir campos de conocimiento autónomos susceptibles de organizar cuerpos

disciplinarios. Estos en el sentido del pragmatismo, son sólo mudas aplicaciones de recetas bibliográficas, en unos casos; en los más rigurosos, esbozan una tendencia disciplinar afín a las que existen en el mundo, aunque con débiles demostraciones de cuerpos teóricos propios.

Sobre esta base, sería lícito preguntar si la idea de libertad, contemporáneamente leída como capacidad de desarrollo de competencias culturales de conocimiento, podría ser asumida en la dirección de los discursos del pragmatismo; o, la variante de las teorías experimentales que asocian disciplinas a campos de experiencia, es una mejor opción, como quiera que en ésta prima la pregunta, al decisionismo, donde lo que se privilegia es resolver un mandato, una instrucción técnica o una norma en virtud de una coyuntura.

Resulta por lo demás preocupante que el decisionismo empaquetado en programas académicos, induzca lecturas en el sentido de convertir una metodología en disciplina, cuando en realidad una disciplina como cuerpo de conocimiento, dispone además de una(s) teoría(s), de métodos.

El reduccionismo ha dado pie a numerosas fórmulas “inter” o “trans” disciplinarias, en las cuales lo que se destaca es la ausencia de enfoque disciplinar y el primado de lo instruccional.

Ahora bien, la objeción al decisionismo instruccional no anula sino que reivindica el interés por generar determinado tipo de eficacias y cambios en las situaciones donde la acción interviene, pues un conocimiento concebido como experiencia está implicado en una red de intereses que finalmente se concretan en tecnologías específicas y obviamente en técnicas.

Es evidente, por ejemplo, que las nuevas tecnologías del poder crean organizaciones y enfoques soportados sobre una gama de dispositivos de naturaleza teórica e instrumental. Es el caso del enfoque de “Estado comunitario”, que en Europa produjo nuevas tecnologías financieras, organizacionales, urbanísticas, lingüísticas, entre otras. Los instrumentos de la participación son derivados de una escala secundaria en la red de eficacias políticas que se buscan generar.

En nuestro medio cultural ha prevalecido el criterio instrumental, pero sin asociaciones orgánicas con procesos teóricos experimentales. Por estas razones las oportunidades de producir conocimientos se desperdician, ya que la acción de conocimiento está restringida al uso de unos instrumentos previamente dados. La situación como campo de producción de conocimiento, aún no convoca el interés intelectual. Esto explica, en buena medida, la ausencia de escuelas de conocimiento

diferenciadas, por la superposición de un mecanismo que anula las diferenciaciones en virtud de unas identidades basadas en lo puramente instrumental.

En otro sentido, estas superposiciones adoptadas como un modo de organizar las preferencias por el conocimiento, tienen como característica la neutralidad conceptual, ya que la demanda y exigencia de unos acuerdos en torno a manuales e instructivos internacionales así lo determina. Se observa en consecuencia, que el énfasis en el instructor, provoca una tendencia a remarcar eficacias poco duraderas y sin mayor importancia, que desdibujan el cuadro de las potencialidades que una situación o un conjunto de situaciones ofrecen.

EL CONCEPTO DE ORGANIZACIÓN DE CONOCIMIENTO

El desarrollo de tecnologías en la cultura contemporánea cubre tanto los intereses de las ciencias llamadas duras, como el de otras ciencias, disciplinas y saberes denominadas blandas.

Los urbanismos recientes serían, por lo tanto, una consecuencia como también el material configurador de una amplia gama de tecnologías, las cuales en su respectivo ámbito han modificado desde sus bases, los modos de organización, adquisición y explotación de los conocimientos.

La dificultad cultural para interpretar las procedencias y usos de las tecnologías estriba en reducir su significado a una naturaleza instrumental, que es en cierto modo lo menos importante de su accidente.

En el campo de las tecnologías de la información, por ejemplo, se descubren importantes repercusiones en las industrias con la modificación de sus equipamientos e igualmente de sus recursos profesionales y técnicos; en el ámbito educativo, se vislumbran efectos reordenadores de la espacialidad escolar, ya se comienza a sentir obsolescencia en la arquitectura educativa, pero también en los esquemas convencionales del docente, el estudiante y la institución misma.

En los modelos de organización urbana, un cambio tecnológico significativo se expresa en que las ciudades pierden su vocación productiva y adquieren el carácter de una instalación ampliada de servicios, cuya composición depende básicamente del nivel de cohesionamiento de las profesiones y sus soportes de conocimiento.

En este contexto, el artefacto urbano le plantea al ingeniero convencional, exigencias que desbordan las pautas de su organización intelectual, pero inéditas exigencias surgen también para otros campos de conocimiento en la salud, las artes, la arquitectura, las ciencias biológicas y físicas y las ciencias de la sociedad y la cultura.

Estas pautas, interpretadas hasta el momento en un sentido cuantitativo, por ejemplo, con una preocupación unilateral hacia los resultados; tienen unos atributos y unas cualidades que siendo materiales, tienen también una composición conceptual y procedimental, que sintetizan métodos y teorías.

En el campo de las investigaciones físico químicas, Francois Dagognet destaca un caso donde se puede apreciar la situación planteada: “Qué nos enseña efectivamente la historia de las ciencias analíticas, sino es que los subproductos se pusieron a contar más que aquello que se extraía. Así Nicolás Leblanc encuentra precisamente la soda, en los fondos agotados de las salinas, de la misma manera que un poco más tarde Antoine Balard, en las mismas aguas residuales de los pantanos, sacará un líquido débilmente parduzco y sobre todo nauseabundo, el bromo (del griego, **bromos** hediondez); sin embargo, un ejemplo para nosotros más notable, en el centro de nuestro análisis, en el Siglo XIX: se pensó en tratar a su vez los restos de la destilación de la hulla (que no se usaba entonces en gran escala para obtener el gas de alumbrado), lo que el químico tanto como el industrial miraban como un depósito negruzco, sucio y de consistencia pegajosa, el tipo mismo del desecho. Ahora bien, la química orgánica explotará desde que ella pudo aislar centenas de sustancias a partir de esta verdadera mina (el coaltar); el reprimido de ayer, el excluido, terminó claramente por ganarle a lo que entonces era buscado (la luz)”.

El rezago de las culturas científicas y académicas latinoamericanas con respecto a grupos consolidados en Europa, Japón, China, India y Norteamérica, se desprende fundamentalmente de nuestra atención hacia los “subproductos”, que a los productos mismos, teniéndolos.

Resulta preocupante, por ejemplo, que nuestra riqueza genética vegetal sea un escenario privilegiado de experimentación para biólogos y agrónomos “extranjeros”, donde los estudiosos locales generalmente sirven de auxiliares o guías.

Pero el asunto podría pensarse, es que sustituimos un orden de jerarquización e importancia en los factores organizadores del conocimiento.

Habría realmente una cuestión de más fondo, atribuible a una concepción no localizable exclusivamente en la geografía, sino más bien en una visión de las culturas judeo-cristianas, las cuales les conceden un valor estructurante del conocimiento a los espíritus y a sus estrategias de análisis y de operacionalización, cuyo escenario privilegiado es la idea en su soberana autoproducción.

El peso de esta visión encerró la experiencia filosófica y científica en una especie de metodología críptica que oscila entre las proyecciones del psiquismo o las representaciones metafísicas, pero conciliadas o reconocidas en lo que Dagognet llama un “rechazo correlativo” de lo sensible.

Una característica de los “urbanismos” contemporáneos es la de desmaterializar las sensibilidades urbanas y sus corporalizaciones, por la vía de idealizar y moralizar sus conflictos, evitándolos e incluso resistiéndose a sus experiencias.

“Este deseo de liberar el cuerpo de resistencias lleva aparejado el temor al roce, un temor evidenciado en la planificación urbana contemporánea. Al planificar las autopistas, por ejemplo, con frecuencia se orienta el flujo del tráfico de manera que separe una zona residencial de otra comercial, o que aisle las zonas residenciales a fin de separar las áreas acomodadas de las pobres o los barrios étnicamente distintos. Al planificar un distrito, los urbanistas situarán las escuelas y las viviendas en el centro en vez de en su periferia, donde la gente podría entrar en contacto con extraños”. (Richard Sennet)

El miedo se asocia a una mistificación e insensibilización de las situaciones. Se observa, así, que para los urbanistas de hoy, la cuestión urbana sea un asunto moral, susceptible de leerse humanitariamente en la perspectiva de la justicia; o, en una dirección política en la perspectiva del civismo.

Sin embargo, ninguna de estas dos perspectivas concibe el carácter material de las situaciones y sus revelaciones o materializaciones. Y esta privación explica la incapacidad o también el desprecio de los profesionales y disciplinas que se ocupan del urbanismo, para establecer conexiones entre los cuerpos (y el cuerpo humano entre otras) con sus creaciones. Todo lo cual hace parte de una tradición intelectual que tiene un convencimiento sobre lo material como “receptáculo”, es decir, como una materia vulgar moldeable al capricho de la humana inteligencia, “que se presta indiferentemente a todas las organizaciones” (Dagognet).

De ahí se desprende una metodología que supone la primacía de un “más allá” de todas las formas y composiciones materiales de la vida, e igualmente se distingue otra lectura que reduce la materia a un posible, a algo situado más allá de la materialidad, por ejemplo, la sacralidad del copón, que coloca en un segundo plano toda la tecnología y la organización del copón mismo.

En cuanto a las ciudades contemporáneas, aquéllas metodologías hacen creer en un orden supramaterial, que paradójicamente dispone de los materiales e incide en sus organizaciones. Esto explica, en parte, por qué en las ciudades se ha hecho depender todas sus actividades de un único dispositivo de transporte: el de los automotores, al que se supeditan otros dispositivos. Por esto toda planificación está finalmente determinada por este “factor”. La determinación parte del supuesto que las velocidades y los movimientos de la ciudad y sus organizaciones territoriales se condensan y sintetizan en el transporte automotor.

En línea con el juicio expuesto, encarar la organización de las ciudades más allá de las idealizaciones y los moralismos, es decir, de los ambientalismos ideológicos, implica reconocer unos juegos, usos, asociaciones y conflictos de las materias y las energías y sus “futuros factibles” en los flujos, gastos e intercambios que se dan entre sus componentes organizados territorialmente, no estructuralmente, ordenándose en modelos y teorías.

“Aunque pensamos que la ciencia económica es incapaz de hacer frente a la crítica ecológica, una metodología reduccionista que intente explicar la utilización humana de la energía y los recursos materiales con la ayuda exclusiva de las ciencias naturales, estaría también condenada al fracaso. La ecología es incapaz de explicar por qué algunas partes de la humanidad utilizan, por ejemplo, más de una tonelada de petróleo al año para alimentar a cada uno de sus miembros (en forma de combustibles para tractores, fertilizantes, herbicidas, transporte, frigoríficos, cocinas eléctricas, etc., mientras que otra parte de la humanidad se alimenta sin usar ni una gota de petróleo. La asignación humana de energía y recursos materiales a diferentes usos no puede explicarse solamente mediante las ciencias naturales, y por tanto la economía *no* debe convertirse en una mera ecología humana. Sin embargo, la economía convencional (o la economía marxista) no podría explicar, por ejemplo, por qué es improbable que la relación actual entre automóviles y población de los países del Atlántico Norte y Japón se extienda a todo el resto del mundo”. (Joan Martínez Alier y Klaus Schlüpmann).

Como se puede observar, la caracterización de una situación alude a lecturas de tipo territorial, tanto en el sentido de sus hipótesis como de

sus conclusiones, pero éstas tienen una organización específica en modelos y teorías, que o confirman o desmienten la capacidad comprensiva de su arsenal y logística argumentativa, o amplían su campo de operaciones, o proponen otras posibilidades y direcciones a sus estrategias políticas de intervención y de acción.

Artículo publicado en "Enfoques y metodologías sobre el hábitat: memorias de una experiencia pedagógica". Ensayos Forum No. 15 (2000)